

José Rizal

NOLI ME TANGERE

Prólogo de Manuel Leguineche



EDICIONES DEL VIENTO

Publicado por primera vez por Berliner Buchdruckerei - Actien Gesellschaft,
Berlín s.f. —1891—

© Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña
Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com
www.edicionesdelviento.com

Diseño gráfico: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-36-5

Depósito legal:

Impresión: Valladares, s.l.

Impreso en España / *Printed in Spain*

La versión que aquí publicamos de *Noli me tangere* se corresponde con la que en 1909 fue editada por la Casa Editorial Maucci con notas de R. Sempau. Éstas se han visto enriquecidas, en cuanto a botánica se refiere, con las de E. Reclús, Henry Lucas y E. López, según aquel hace constar. Existen también notas “de la edición de Berlín”, es decir, de la primera edición de la obra (Berliner Buchdruckerei - Actien Gesellschaft, Berlín s.f. —1891—) y en algunos pocos casos, notas del autor. Es de suponer que tanto las unas como las otras sean del propio Rizal.

Índice

Prólogo	13
Dedicatoria	17
I Una reunión	19
II Crisóstomo Ibarra	31
III La cena	35
IV Hereje y filibustero	41
V Una estrella en noche oscura	49
VI Capitán Tiago	53
VII Idilio en una azotea	65
VIII Recuerdos	75
IX Cosas del país	81
X El pueblo	87
XI Los soberanos	91
XII Todos los Santos	97
XIII Presagios de tempestad	103
XIV Tasio el loco o el filósofo	107
XV Los sacristanes	117
XVI Sisa	123
XVII Basilio	129
XVIII Almas en pena	135
XIX Aventuras de un maestro de escuela	143

xx	La Junta en el Tribunal	153
xxi	Historia de una madre	165
xxii	Luces y sombras	173
xxiii	La pesca	177
xxiv	En el bosque	191
xxv	En casa del filósofo	203
xxvi	La víspera de la fiesta	215
xxvii	Al anochecer	223
xxviii	Correspondencias	231
xxix	La mañana	239
xxx	En la iglesia	245
xxxi	El sermón	249
xxxii	La cabria	259
xxxiii	Libre pensamiento	269
xxxiv	La comida	273
xxxv	Comentarios	283
xxxvi	La primera nube	291
xxxvii	Su Excelencia	295
xxxviii	La procesión	305
xxxix	Doña Consolación	311
xxxx	El derecho y la fuerza	321
xli	Dos visitas	329
xlII	Los esposos de Espadaña	333
xlIII	Proyectos	345
xlIV	Examen de conciencia	349
xlV	Los perseguidos	355
xlVI	La gallera	361
xlVII	Las dos señoras	371
xlVIII	El enigma	377
xlIX	La voz de los perseguidos	381
xlX	La familia de Elías	391
LI	Cambios	399
LII	Carta de los muertos y las sombras	403
LIII	<i>Il buon di si conosce da mattina</i>	409

LIV	Apocalipsis	415
LV	La catástrofe	423
LVI	Lo que se dice y lo que se cree	429
LVII	“¡ <i>Vae Victis!</i> ”	437
LVIII	El maldito	447
LIX	Patria e intereses	451
LX	María Clara se casa	461
LXI	La caza en el lago	473
LXII	El padre Dámaso se explica	481
LXIII	La Nochebuena	485
	Epílogo	493

Prólogo

Conocedor de mi simpatía por José Rizal, me pide Eduardo Riestra un prólogo para su edición de *Noli me tangere*. Me parece oportuno recuperar una breve referencia que hace ahora diez años publiqué en mi libro sobre los últimos de Filipinas con el título de *Yo te diré...*

MANUEL LEGUINECHE
Brihuega, octubre de 2008

Cada vez que paso por Manila sucumbo a la tentación, un poco masoquista, de visitar el Museo Rizal en Intramuros. Allí, en la vieja ciudad amurallada —en lo que queda de ella, en realidad— se respira una paz que el viajero no encuentra en la esquizofrénica Manila. Ese masoquismo, esa autoflagelación son también tentaciones muy filipinas.

Ellos sufren porque les matamos a su caudillo, Rizal; y nosotros nos torturamos porque un capitán general sin escrúpulos, recién llegado, mal aconsejado y equivocado de medio a medio, envió ante el pelotón de fusilamiento a un hombre bueno. Es una carga de la que nunca podremos librarnos.

Algunos españoles de Manila creen haber hallado una disculpa al trágico episodio en el detalle de que el indulto estaba a punto de llegar; que un poco más y no hubieran sonado los disparos en Luneta, pues la Reina regente había concedido la gracia.

No he hallado constancia de que ocurriera de este modo. El general Polavieja convirtió en mártir a Rizal. Sus estatuas, retratos, monumentos pueden verse hoy en los más perdidos rincones de las islas. La iglesia, la Sallera y la estatua de Rizal. Era otra España, acosada en Manila, frailuna, asustada, temerosa de la insurrección en las colonias y, lo que es peor, en la metrópoli; sacudida por carlistas, cantonalistas anarquistas, curas *trabucaires*, revolucionarios de toda laya.

Por su parte, Rizal pedía bien poco. Era un patriota hispano-filipino. Basta leer su *Último adiós*, esculpido en bronce en el monumento de Luneta, que se encuentra a pocos metros de donde fue fusilado. «La revolución filipina —escribió León María Guerrero—, nació en España, viejo campo de batalla por las mismas ideas.»

El paseo, uno más, por el Museo de Rizal, refresca la memoria sobre lo que ocurrió en 1896 con aquel hombre de aspecto severo, polemista, que vestía de negro, curaba a pobres y ricos, escribía novelas anticlericales —al estilo de Eugenio Sue o del Galdós de Doña Perfecta—, un *homo universalis* de los trópicos.

Cruzas Manila. Huele a neumático y a gasolina mal quemada, a desperdicios. Los turistas japoneses se protegen la boca con sus pañuelos porque aquí se masca la contaminación, mezclada con la humedad. Los golfistas madrugan para darle a la bolita junto a las fortificaciones españolas. También las beatas madrugan para tomar posiciones en la catedral.

En el Museo de Rizal encuentra el viajero muestras de las múltiples disciplinas y aficiones que cultivó el doctor de Calamba, nacido cinco años después que Sigmund Freud, cuatro años después que Joseph Conrad; el mismo año que Rabindanath Tagore, ocho años antes que Gandhi, o nueve antes que Lenin.

Libros de texto, dibujos, ropajes, gafas, instrumental quirúrgico, retratos, tebeos, ejemplares de las dos novelas *Noli me tangere* y de *El filibusterismo*: obras que sellaron su suerte.

Desde el exterior llega el perfume a sampaguita, hibisco, *ylang ylang*. Tus pasos apenas si resuenan sobre la madera noble. Te detie-

nes ante el ojo artificial que el oftalmólogo filipino pidió a Alemania —su otra patria—, para su paciente Florencio Azcárraga; el ojo que llegó cuando ya habían pasado a Rizal por las armas.

Dedicatoria

A MI PATRIA

Se registra en la historia de los padecimientos humanos un cáncer de un carácter tan maligno, que el menor contacto le irrita y despierta en él agudísimos dolores. Pues bien, cuantas veces en medio de las civilizaciones modernas he querido evocarte, ya para acompañarme de tus recuerdos, ya para compararte con otros países, siempre se me presentó tu querida imagen con un cáncer social parecido.

Deseando tu salud que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: los exponían en las gradas del templo, para que cada persona que viniese a invocar a la Divinidad les propusiera un remedio.

Y a este fin, trataré de reproducir fielmente tu estado sin contemplaciones; levantaré parte del velo que encubre el mal, sacrificando a la verdad todo, hasta el mismo amor propio, pues, como hijo tuyo, adolezco también de tus defectos y flaquezas.

Europa, 1886.

EL AUTOR

A fines de Octubre, don Santiago de los Santos, conocido popularmente con el nombre de “Capitán Tiago”, daba una cena, que, sin embargo de haberla anunciado aquella tarde tan sólo, contra su costumbre, era ya el tema de todas las conversaciones en Binondo, en otros arrabales y hasta en Intramuros. Capitán Tiago pasaba entonces por el hombre más rumbo, y se sabía que su casa, como su país, no cerraba las puertas a nadie, como no fuese al comercio o a toda idea nueva o atrevida.

Como una sacudida eléctrica corrió la noticia en el mundo de los parásitos, moscas o colados que Dios crió en su infinita bondad, y tan cariñosamente multiplica en Manila. Unos buscaron betún para sus botas; otros, botones y corbatas, pero todos preocupados del modo como habían de saludar más familiarmente al dueño de la casa, para hacer creer en exiguas amistades, o excusarse, si a mano viniese, de no haber podido acudir más temprano.

Dábase esta cena en una casa de la calle de Anloague, y ya que no recordamos su número, la describiremos de manera que se la reconozca aún, si es que los temblores no la han arruinado. No creemos que su dueño la haga derribar, porque de este trabajo ordinariamente se encarga allí Dios o la Naturaleza, que también tiene de nuestro Gobierno muchas obras contratadas. Es ello un edificio bastante grande, a estilo de los muchos del país, situado hacia la parte que da a

un brazo del Pásig, llamado por algunos ría de Binondo, y que desempeña, como todos los ríos de Manila, el múltiple papel de baño, alcantarilla, lavadero, pesquería, medio de transporte y comunicación y hasta agua potable, si lo tiene por conveniente el chino aguador. Es de notar que esta poderosa arteria del arrabal en donde más el tráfico bulle y aturde el vaivén, en una distancia de casi un kilómetro, apenas cuenta con un puente de madera, descompuesto por un lado, durante seis meses e intransitable por el otro el resto del año, de tal suerte, que los caballos en la temporada del calor aprovechan este permanente “statu quo” para desde allí saltar al agua, con gran sorpresa del distraído mortal, que en el interior del coche dormita o filosofa sobre los progresos del siglo.

La casa a que aludimos es algo baja y de líneas no muy correctas: que el arquitecto que la haya construido no viera bien, o que esto fuera efecto de los terremotos y huracanes, nadie puede decirlo con seguridad. Una ancha escalera de verdes balaustres y alfombrada a trechos conduce desde el zaguán o portal, enlosado de azulejos, al piso principal, entre macetas y tiestos de flores sobre pedestales de losa china de abigarrados colores y fantásticos dibujos.

Pues que no hay porteros ni criados que pidan o pregunten por el billete de invitación, subiremos, ¡o tú que me lees, amigo o enemigo! si es que te atraen los acordes de la orquesta, la luz ó el significativo “clin clan” de la vajilla y de los cubiertos, y, quieres ver cómo son las reuniones allá en la Perla del Oriente. Con gusto y por comodidad mía te ahorraría a ti de la descripción de la casa, pero esto es muy importante, pues nosotros los mortales en general somos como las tortugas: valemos y nos clasifican por nuestras conchas; por esto y otras cualidades más como tortugas son también los mortales de Filipinas. Si subimos, nos encontraremos de golpe en una espaciosa estancia, llamada allí “caída”, no sé por qué, que esta noche sirve de comedor al mismo tiempo que de salón de orquesta. En medio, una larga mesa, adornada profusa y lujosamente, parece guiñar al colado con dulces promesas, y amenazar a la tímida joven, a la sencilla “dalaga”, con dos horas mortales en compañía de extraños, cuyo len-

guaje y conversación suelen tener un carácter muy particular. Contrastando con estos terrenales preparativos están los abigarrados cuadros de las paredes, representando asuntos religiosos como “El Purgatorio”, “El Infierno”, “El Juicio final”, “La muerte del Justo”, “La del Pecador”, y en el fondo, aprisionado en un espléndido y elegante marco estilo Renacimiento que Arévalo tallara, un curioso lienzo de grandes dimensiones en que se ven dos viejas... La inscripción dice: “Nuestra Señora de la Paz y Buenviaje, que se venera en Antipolo, bajo el aspecto de una mendiga, visita en su enfermedad a la piadosa y célebre capitana Inés”¹. La composición, si no revela mucho gusto ni arte, tiene en cambio sobrado realismo: la enferma parece ya un cadáver en putrefacción por los tintes amarillos y azules de su rostro; los vasos y demás objetos, ese cortejo de las largas enfermedades, están reproducidos tan minuciosamente que se ven hasta sus contenidos. Al contemplar estos cuadros que excitan el apetito e inspiran ideas bucólicas, acaso piense alguno que el maligno dueño de la casa conocía muy bien el carácter de la mayor parte de los que se han de sentar a la mesa, y para velar un poco su pensamiento ha colgado del plafón preciosas lámparas de China, jaulas sin pájaros, esferas de cristal azogado, rojas, verdes y azules, plantas aéreas marchitas, pescados desecados e inflados, que llaman “botes”, etc., cerrando el todo por el lado que mira al río con caprichosos arcos de madera, medio chinescos medio europeos, y dejando ver en una azotea emparrados y glorietas alumbrados escasamente por farolitos de papel de todos colores.

Allá en la sala están los que han de comer, entre colosales espejos y brillantes arañas: allá, sobre una tarima de pino, está el magnífico piano de cola de un precio exorbitante, y más precioso aún esta noche, porque nadie lo toca. Allá hay un grande retrato al óleo de un hombre bonito, de frac, tieso, recto, simétrico como el bastón de borlas que lleva entre sus rígidos dedos cubiertos de anillos: el retrato parece decir:

1. Un cuadro parecido existe en el convento de Antipolo. (Nota de la edición de Berlín.)

—¡Ejem! ¡mirad cuánto llevo puesto y qué serio estoy!

Los muebles son elegantes, acaso incómodos y malsanos: el dueño de la casa no pensaría en la higiene de sus convidados, sino en el propio lujo. «¡Es cosa terrible la disentería, pero os sentáis en sillones de Europa y eso no se tiene siempre!» les diría él.

La sala esta casi llena de gente: los hombres separados de las mujeres, como en las iglesias católicas y en las sinagogas. Ellas son unas cuantas jóvenes entre filipinas y españolas: abren la boca para contener un bostezo, pero la tapan al instante con sus abanicos; apenas murmuran algunas palabras; cualquiera conversación que se aventura muere entre monosílabos, como esos ruidos que se oyen de noche en una casa, ruidos causados por ratones y lagartijas. ¿Son acaso las imágenes de diferentes Nuestras Señoras que cuelgan de las paredes las que las obligan a guardar el silencio y la compostura religiosa, o es que aquí las mujeres forman una excepción?

La única, que recibía a las señoras era la vieja, prima del capitán Tiago, de facciones bondadosas y que hablaba bastante mal el castellano. Toda su política y urbanidad consistía en ofrecer a las españolas una bandeja de cigarros y “buyos”², y en dar a besar la mano a las filipinas, exactamente como los frailes. La pobre anciana acabó por aburrirse y, aprovechando el ruido de un plato que se rompía, salió precipitadamente, murmurando:

—¡Jesús! ¡Esperad, indignos!

Y no volvió a parecer.

En cuanto a los hombres, éstos ya hacían más ruido. Algunos cadetes hablaban con animación, pero en voz baja, en uno de los rincones, mirando de cuando en cuando y señalando a veces con el dedo a varias personas de la sala; y se reían entre ellos más o menos disimuladamente; en cambio, dos extranjeros, vestidos de de blanco, cruzadas las manos detrás y sin decir palabra, se paseaban de un extremo a otro de la sala a grandes pasos, como hacen los aburridos pasajeros sobre la cubierta de

2. Hojas de betel (*Peper Betle L.*), cubiertas de cal hidratada y arrollas a un pedazo de nuez de bongá (*Areca Catechu L.*). En lengua tagala *buñga*, quiere decir: “El fruto por excelencia”.

un buque. Todo el interés y la mayor animación partían de un grupo formado por dos religiosos, dos paisanos y un militar alrededor de una mesita en que se veían botellas de vino y bizcochos ingleses.

El militar era un viejo teniente, alto, de fisonomía adusta; parecía un duque de Alba rezagado en el escalafón de la Guardia Civil; hablaba poco, pero duro y breve. Uno de los frailes, un joven dominico, hermoso, pulcro y brillante como sus gafas de montura de oro, tenía una temprana gravedad: era el cura de Binondo y fue en años anteriores catedrático en San Juan de Letrán. Tenía fama de consumado dialéctico, tanto, que en los tiempos en que los hijos del Guzmán se atrevían a luchar en sutilezas como los seglares, el hábil argumentador B. de Luna no había podido jamás embrollarle ni cogerle: los distingos de fray Sibyla le dejaban como al pescador que quiere coger anguilas con lazos. El dominico hablaba poco y parecía pesar sus palabras.

Por el contrario, el otro, que era un franciscano, hablaba mucho y gesticulaba más. Sin embargo de que sus cabellos empezaban a encanecer, parecía conservarse bien su robusta naturaleza. Sus correctas facciones, su mirada poco tranquilizadora, sus anchas quijadas y hercúleas formas la daban el aspecto de un patricio romano disfrazado, y, sin quererlo, os acordaréis de uno de aquellos tres monjes de que habla Heine, en sus “Dioses en el destierro”, que por el Equinoccio de Septiembre, allá en el Tirol, pasaban a media noche en barca un lago, y cada vez depositaban en la mano del pobre barquero una moneda de plata, como el hielo fría, que le dejaba llena de espanto. Sin embargo, fray Dámaso no era misterioso como aquellos; era alegre, y si el timbre de su voz era brusco como el de un hombre que jamás se ha mordido la lengua, que cree santo e inmejorable cuanto dice, su risa alegre y franca borraba esta desagradable impresión, y hasta se veía uno obligado a perdonarle el enseñar en la sala unos pies sin calcetines y unas piernas velludas, que harían la fortuna de un Mendieta en las ferias de Quiapo³.

3. Mendieta, personaje muy conocido en Manila, portero de la Alcaldía, empresario de teatros infantiles, director de un Tío Vivo, etc. Quiapo, pueblecillo situado en los alrededores de Manila.

Uno de los paisanos, un hombre pequeñito, de barba negra, sólo tenía de notable la nariz que, a juzgar por sus dimensiones, no debía ser suya; el otro, un joven rubio, parecía recién llegado al país: con éste sostenía el franciscano una viva discusión.

—Ya lo vera —decía el fraile—; como cuente en el país algunos meses, se va a convencer de lo que le digo: una cosa es gobernar en Madrid y otra estar en Filipinas.

—Pero...

—Yo, por ejemplo —continuó fray Dámaso levantando más la voz para no dejarle al otro la palabra—, yo que cuento ya veintitrés años de plátano y morisqueta⁴, yo puedo hablar con autoridad sobre ello. No me salga usted con teorías ni retóricas; conozco al indio. Haga cuenta que, desde que llegué al país, fui destinado a un pueblo, pequeño, es verdad, pero muy dedicado a la agricultura. Todavía no sabía yo muy bien el tagalo, pero ya confesaba a las mujeres, y nos entendíamos, y tanto me llegaron a querer que, tres años después, cuando me pasaron a otro pueblo mayor, vacante por la muerte del cura indio, todas se pusieron a llorar, me colmaron de regalos, me acompañaron con música...

—Pero eso sólo demuestra...

—¡Espere, espere usted!, ¡no sea tan vivo! El que me sucedió permaneció menos tiempo, y cuando salió tuvo más acompañamiento, más lagrimas y más música, y eso que pegaba más y había subido los derechos de la parroquia casi el doble.

—Pero usted me permitirá...

—Aún más; en el pueblo de San Diego he estado veinte años y sólo hace algunos meses que lo he... dejado (aquí pareció disgustarse). Veinte años, no me lo podrá negar nadie, son más que suficientes para conocer un pueblo. San Diego tenía seis mil almas, y yo conocía a cada habitante como si yo lo hubiese parido y amamantado: sabía de qué pie cojeaba éste, dónde le apretaba el zapato a aquél, quién le hacía el amor a aquella dalaga, qué deslices había tenido ésta y con quién, cual era el verdadero padre del chico, etc., como que confesaba

4. Arroz cocido con agua y que forma la base de la alimentación de los indígenas.

a todo bicho; se guardaban bien de faltar a su deber. Dígalo, si miento, Santiago, el dueño de la casa; allí tiene muchas tierras y allí fue donde hicimos nuestras amistades. Pues bien, verá usted lo que es el indio; cuando salí, apenas me acompañaron amas viejas y algunos hermanos terceros, ¡y eso que he estado veinte años!

—Pero no hallo que eso tenga que ver con el desestanco del tabaco —contestó el rubio aprovechando una pausa, mientras el franciscano tomaba una copita de Jerez.

Fray Dámaso, lleno de sorpresa, por poco deja caer la copa. Se quedó un momento mirando de hito en hito al joven.

—¿Cómo? ¿cómo? —exclamó después, con la mayor extrañeza—. Pero ¿es posible que no vea usted eso que es claro como la luz? ¿No ve usted, hijo de Dios, que todo esto prueba palpablemente que las reformas de los ministros son irracionales?

Esta vez fue el rubio el que se quedó perplejo; el teniente arrugó más las cejas; el hombre pequeñito movía la cabeza como para dar la razón a fray Dámaso o para negársela. El dominico se contentó con volverles casi las espaldas a todos.

—¿Cree usted?... —pudo al fin preguntar muy serio el joven y mirando lleno de curiosidad al fraile.

—¿Qué si creo? ¡Como en el Evangelio! ¡El indio es tan indolente!

—¡Ah! perdone usted que le interrumpa —dijo el joven bajando la voz y acercando un poco su silla—, ha pronunciado una palabra que llama todo mi interés: ¿existe verdaderamente, nativa, esa indolencia en los naturales, o sucede, según un viajero extranjero, que nosotros excusamos con esta indolencia la nuestra propia, nuestro atraso y nuestro sistema colonial? Hablaba de otras colonias cuyos habitantes son de la misma raza...

—¡Ca! ¡Envidias! ¡Pregúnteselo al señor Laruja, que también conoce el país; pregúntele si la ignorancia y la indolencia del indio tienen igual!

—En efecto —contestó el hombre pequeñito, que era el aludido—, en ninguna parte del mundo puede usted ver otro más indolente que el indio, ¡en ninguna parte del mundo!

—¡Ni otro más vicioso, ni más ingrato!

—¡Ni más mal educado!

El joven rubio principió a mirar con inquietud a todas partes.

—Señores —dijo en voz baja—, creo que estamos en casa de un indio; esas señoritas...

—¡Bah! ¡no sea usted tan aprensivo! Santiago no se considera indio, y además, no esta presente y... ¡aunque estuviera! Esas son tonterías de los recién venidos. Deje que pasen algunos meses; cambiara de opinión cuando haya frecuentado muchas fiestas y “bailujan”⁵, dormido en los catres y comido mucha tinola.

—¿Es acaso eso que usted llama tinola una fruta de la especie del loto que vuelve a los hombres... así... como olvidadizos?

—¡Qué loto ni que lotería! —contestó riendo el padre Dámaso—; esta usted tocando el bombo. Tinola es un “gulaí”⁶ de gallina y calabaza. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado usted?

—Cuatro días —profirió el joven algo picado.

—¿Viene como empleado?

—No, señor: vengo por cuenta propia para conocer el país.

—¡Hombre, que pájaro más raro! —exclamó fray Dámaso mirándole con curiosidad—. ¡Venir por cuenta propia y por tonterías! ¡Qué fenómeno! Habiendo tantos libros... con tener dos dedos de frente..., ¡muchos han escrito así grandes libros! Con tener dos dedos de frente...

—Decía vuestra reverencia, padre Dámaso —interrumpió brusca-mente el dominico cortando la conversación—, que ha estado vuestra reverencia veinte años en el pueblo de San Diego y lo ha dejado... ¿No estaba vuestra reverencia contento del pueblo?

Fray Dámaso, a esta pregunta, hecha con un tono tan natural y casi negligente, perdió repentinamente la alegría y dejó de reír.

—¡No! —gruñó secamente, y se dejó caer con violencia contra el respaldo del sillón.

El dominico prosiguió en tono más indiferente aún:

5. Bailes populares.

6. Guisado.

—Doloroso debe ser dejar un pueblo donde se ha estado veinte años, y que se conoce como el hábito que se lleva. Yo, al menos, sentí dejar Camiling, y eso que estuve pocos meses... pero los superiores lo hacían para bien de la Comunidad... para bien mío.

Fray Dámaso por primera vez en aquella noche parecía muy preocupado. De repente dio un puñetazo sobre el brazo de su sillón; y, respirando con fuerza, exclamó:

—¡O hay religión o no la hay, esto es, o los curas son libres ó no! ¡El país se pierde, está perdido!

Y volvió a dar otro puñetazo.

Toda la sala, sorprendida, se volvió hacia el grupo: el dominico levantó la cabeza para mirarle por debajo de sus gafas. Los dos extranjeros que se paseaban se pararon un momento, se miraron, se enseñaron un poco sus dientes incisivos, y continuaron acto seguido su paseo.

—¡Está de mal humor porque usted me lo ha tratado de reverencia! —murmuró al oído del joven rubio el señor Laruja.

—¿Qué quiere vuestra reverencia decir?, ¿qué le pasa? —preguntaron el dominico y el teniente en diferentes tonos de voz.

—¡Por eso vienen tantas calamidades! ¡Los gobernantes sostienen a los herejes contra los ministros de Dios! —continuó el franciscano levantando sus robustos puños.

—¿Qué quiere usted decir? —volvió a preguntar el cejijunto teniente, medio levantándose.

—¿Qué quiero decir? —repitió fray Dámaso alzando la voz y encarándose con el teniente—. ¡Yo digo lo que yo quiero decir! Yo, yo quiero decir que cuando el cura arroja de su cementerio el cadáver de un hereje, nadie, ni el mismo rey tiene derecho a mezclarse y menos a imponer castigos. Conque un generalito, un generalito Calamidad⁷...

—¡Padre, su excelencia es Vice Real Patrono! —gritó el militar levantándose.

—¡Qué excelencia ni qué Vice Real Patrono! —contestó el franciscano levantándose también—. En otro tiempo se le hubiera arrastrado

7. Alude al general Terreros, que ya ha muerto.

escaleras abajo, como lo hicieron una vez las Corporaciones con el impío gobernador Bustamante. ¡Aquellos sí que eran tiempos de fe!

—Le advierto que yo no permito... ¡Su excelencia representa a su majestad el rey!

—¡Qué rey ni que Roque! para nosotros no hay más rey que el legítimo...

—¡Alto! —gritó el teniente amenazador y como si se dirigiera a sus soldados—; o retira usted cuanto ha dicho o mañana mismo doy parte a Su Excelencia...

—¡Ande usted ahora mismo, ande usted! —contestó con sarcasmo fray Dámaso, acercándosele con los puños cerrados—. ¿Cree usted que porque yo llevo hábito me faltan...? ¡Ande usted que todavía le presto mi coche!

La cuestión tomaba un giro cómico, pero afortunadamente intervino el dominico.

—¡Señores! —dijo en tono de autoridad y con esa voz nasal que sienta tan bien a los frailes—, no hay que confundir las cosas ni buscar ofensas donde no las hay. Debemos distinguir en las palabras de fray Dámaso las del hombre de las del sacerdote. Las de éste, como tal, “per se”, jamás pueden ofender, pues provienen de la verdad absoluta. En las del hombre hay que hacer una subdistinción: las que dice “ab irato”, las que dice “ex ore” pero no “in corde” y las que dice “in corde”. Estas últimas son las que únicamente pueden ofender, y eso según, si ya “in mente” preexistían por un motivo, o solamente vienen “per accidens” en el calor de la conversación, si hay...

—¡Pues yo “por accidens y por mí” sé los motivos, padre Sibyla! —interrumpió el militar que se embrollaba en tantas distinciones y temía que si éstas seguían no saliese él todavía culpable—. Yo sé los motivos y los va vuestra reverencia a distinguir. Durante la ausencia del padre Dámaso en San Diego enterró el coadjutor el cadáver de una persona dignísima,... sí, señor, dignísima; yo le he tratado varias veces y en su casa me he hospedado. Que jamás se haya confesado, ¿eso qué?, yo tampoco me confieso; pero decir que se ha suicidado, es una mentira, una calumnia. Un hombre como él, que tiene un hijo en

quien cifra su cariño y sus esperanzas, un hombre que tiene fe en Dios, que conoce sus deberes para con la sociedad, un hombre honrado y justo no se suicida. Esto lo digo yo, y callo aquí lo demás que pienso y agradézcamelos vuestra reverencia.

Y volviéndole las espaldas al franciscano, continuó:

—Pues bien, este cura, a su vuelta al pueblo, después de maltratar al pobre coadjutor, ha hecho desenterrar el cadáver y sacarlo fuera del cementerio para enterrarlo no sé dónde. El pueblo de San Diego ha tenido la cobardía de no protestar; verdad es que muy pocos lo supieron: el muerto no tenía ningún pariente, y su único hijo está en Europa; pero Su Excelencia lo ha sabido y, como es hombre de recto corazón, ha pedido el castigo... y el padre Dámaso fue trasladado a otro pueblo mejor. He ahí todo. Ahora haga vuestra reverencia sus distinciones.

Y dicho esto, se alejó del grupo.

—Siento mucho haber tocado, sin saberlo, una cuestión tan delicada —dijo el padre Sibyla con pesar—. Pero, al fin, si se ha ganado en el cambio de pueblo...

—¡Qué se ha de ganar! Y ¿lo que se pierde en los traslados..., y los papeles... y las... y todo lo que se extravía? —interrumpió balbucientes sin poder contener su ira, fray Dámaso.

Poco a poco volvió la reunión a su antigua tranquilidad.

Habían llegado otras personas, entre ellas un viejo español, cojo, de fisonomía dulce é inofensiva, apoyado en el brazo de una vieja filipina, llena de rizos y pinturas y vestida a la europea.

El grupo les saludó amistosamente; el doctor de Espadaña y su señora, “la doctora” doña Victorina, se sentaron entre nuestros conocidos. Se veía a algunos periodistas y almaceneros saludarse, discurrir de un lado a otro sin saber que hacer.

—Pero ¿me puede usted decir, señor Laruja, qué tal es el dueño da la casa? —preguntó el joven rubio—. Yo todavía no he sido presentado.

—Dicen que ha salido: yo tampoco le he visto.

—¡Aquí no hay necesidad de presentaciones! —intervino fray Dámaso—. Santiago es un hombre de buena pasta.

—Un hombre que no ha inventado la pólvora —añadió Laruja.

—¡También usted, señor de Laruja! —exclamó con meloso reproche doña Victorina, abanicándose—. ¡Cómo podía el pobre inventar la pólvora, si, según dicen, la habían ya inventado los chinos, siglos hace?

—¿Los chinos? ¿Esta usted loca? —exclamó fray Dámaso— ¡Quite usted! ¡Lo ha inventado un franciscano, uno de mi orden, fray no sé cuantos Savalls⁸, en el siglo... siete!

—¡Un franciscano! Bueno; ése habrá estado de misionero en China, ese padre Savalls —replicó la señora, que no dejaba así sus ideas.

—Schwartz querrá usted decir, señora —repuso fray Sibyla sin mirarla.

—No lo sé; fray Dámaso ha dicho Savalls: ¡yo no hago más que repetir!

—¡Bien! Savalls o Chevas, ¿qué mas da? ¡Por una letra no se queda chino! —replicó malhumorado el franciscano.

—Y en el siglo catorce, no en el siete —añadió el dominico en tono de correctivo, como para mortificar el orgullo del otro.

—¡Bueno, un siglo más ó un siglo menos tampoco le hace dominico!

—¡Hombre, no le enfade vuestra reverencia! —dijo el padre Sibyla sonriendo—. Tanto mejor que lo haya inventado él; así les ha ahorrado ese trabajo a sus hermanos.

—Y ¿dice usted, padre Sibyla, que fue eso en el siglo catorce? —preguntó con gran interés doña Victorina—; ¿antes ó después de Cristo?

Felizmente para el preguntado, dos personajes entraron en la sala.

8. Inocente juego de palabras. Savalls es un famoso cabecilla carlista.